

RAINA

El caballo verde que no galopa

MATRICULADOS CUENTO

El hombre muere tantas veces como pierde a cada uno de los suyos.

Publio Siro (Siglo I AC)

Si bien el guardapolvo estaba blanco como la leche que producía mi papá en su tambo, no estaba tan prolijamente planchado como lo hacía mamá. Mi hermana Sofía decía que ser abanderado era un orgullo para la familia y un premio al buen desempeño en la escuela. Cuando comenzaba el himno nacional, Julieta me ayudaba con la enorme bandera para colocarla en el tahalí que empezaba en mi hombro izquierdo y casi llegaba al bien lustrado zapato derecho.

Me encantaba jugar al viejito o a las escondidas con los chicos en los recreos. Siempre tuve buenas notas, la escuela me resultaba fácil, estudiaba de memoria y repetía como loro en el patio de casa. Durante la mañana caminaba ida y vuelta debajo de la parra y recitaba: *“La cordillera de Los Andes es una cadena de montañas de América del Sur que atraviesa Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú y parte de Venezuela”*; pero también coreaba que: *“Un ecosistema es un sistema biológico formado por la interacción entre seres vivos (componentes bióticos) y el medio físico (componentes abióticos) en un área determinada”*. De tanto repetir y redundar armaba reglas mágicas o nemotécnicas para aprender conceptos; por ejemplo, el SOR CAR TOA para memorizar el seno, el coseno y la tangente. Todo lo repetía de memoria, sin más.

La seño Inés era muy buena, salvo cuando usaba la lapicera roja en el cuaderno. En la escuela de campo, ella dictaba todos los grados, de primero a séptimo. Era un superhéroe: directora, maestra de plástica y de música, cocinera, portera, enfermera y daba educación física debajo de los frondosos paraísos. El colegio estaba en medio de dos caminos de tierra. En los días de lluvia, la mayoría de mis compañeros no llegaban. Algunos venían en el camión de la leche, otros montados a caballo, Mariano y Julieta llegaban caminando cubiertos por una lámina marrón del guadal. Papá me llevaba en sulky y pasábamos a buscar a Nicolás por la tranquera. Nico era el hijo del tambero del campo del lado. En invierno nos poníamos colchas en los pies para el frío. Mi abuela nos había tejido unas mantas a rayas amarillas y verdes.

A muchos de mis compañeros, los padres no les ayudaban a hacer las divisiones o redactar oraciones bimembres. Algunos de los chicos venían a la escuela para comer. Por la mañana, les daban una taza de chocolate caliente con pan de campo y dulce de zapallo que preparaba la seño Inés. Al mediodía, salvo los días en que había sopa de gallina, los chicos comían cosas ricas y las milanesas con puré eran las preferidas. La escuelita rural era el último eslabón de la cadena que evitaba que muchos de esos niños invisibles, no se cayeran del mundo y tuvieran una oportunidad para ser escuchados y tenidos en cuenta por alguien; ya que la seño se sabía el nombre de todos, dónde vivían, cómo se llamaban los padres y cuántos hermanitos tenían.

Ese eslabón de la cadena, en el medio de dos caminos de tierra mal dibujados y algunos árboles mal pintados funcionaba como una red de cuidado y apoyo para Mariano y Julieta que habían sido abandonados por sus padres en un paraje y

representaba un trozo de vida donde encontraban contención y esperanza para seguir creyendo.

Me gustaban las tablas de multiplicar. Las más difíciles me resultaban más entretenidas. A Julieta nunca le salió la tabla del nueve, yo la repetía como una cotorra con los trucos que me enseñó mi hermana; quien decía que la letra con sangre entra.

En mi casa del campo, pasaron muchas mujeres que quisieron ayudar a papá. Cada tanto venía la tía Griselda, la hermana de mamá. Sofía decía que, para ser soltera, hay que ser flaca, alta y tener mal humor. Mi tía cumplía con todas esas características cómodamente y tantas otras más. Cocinar tampoco se le daba bien, siempre nos preparaba verduras hervidas que eran una patada en el estómago. Mi hermana agregaba que las verduras hervidas producen mal aliento y eso le impedía conseguir un novio a mi tía Griselda.

Mi papá cenaba con una copa de vino que se servía del botellón enorme del aparador. Las botellas de casa eran similares a las que acomodábamos en la iglesia cuando nos llevaban al catecismo los sábados a la mañana. El padre Pedro, siempre tenía olor a alcohol, pareciera que su día transcurría de misa en misa. Yo me sabía todos los rezos y salmos de memoria. No obstante, decir la oración del salve de corrido era difícil y Mariano lo recitaba sin parar. ¡Cómo lo admiraba!

No teníamos luz eléctrica en el campo. Mi tía usaba una plancha que le colocaba brasas adentro. La tía Vicky era más dulce, aunque siempre me apretaba los cachetes muy fuerte. Cuando venía a casa traía a sus hijos que eran chiquitos y no se podía jugar a nada. Me aburría con ellos, tampoco sabían las tablas. Pero me compraba las galletitas en el almacén de Don Víctor que tenían forma de animalitos y venían en una caja de chapa que tenían un vidrio redondo adelante. Papá decía que eso le hacía recordar a las ventanitas de los barcos en el mar.

Papá fue soldado en la guerra y vinieron con mamá de Italia siendo mis hermanos muy pequeños. Tengo un hermano, que falleció al poquito de nacer y quedó sepultado en Italia. El océano es testigo de ello, desde el barco, las lágrimas cayeron de un color más oscuro que nunca pudieron mezclarse con sus aguas. En casa, mis padres solían hablar en italiano. Siempre tuve la duda acerca de las cosas que pasan en la guerra; ya que mi papá había perdido la alegría y tenía la mirada perdida por encima de los alambrados en el horizonte. Siempre pensamos que papá volvió de la guerra por el mero instinto de supervivencia.

Mi mamá contagiaba la ilusión de una vida radiante y florecida. Mi papá tenía la nostalgia atragantada en la garganta y una enorme dificultad para adaptarse a nuestra nueva casa en el campo. Mi madre parecía haber hecho una tarta de manzanas con aquella terrible experiencia condimentada con alivio, esperanza, oportunidad de reconstruir sus vidas y un futuro mejor. En cambio, mi padre parecía haber quemado una tortilla al fuego hecha de nostalgia, melancolía, temores, ansiedad y desconcierto.

Mamá era muy linda y coqueta; era la luz de la casa y el sabor de las comidas ricas. Era el chocolate caliente y la torta marmolada recién salida del horno. Era el budín de pan con mucha azúcar quemada. Cuando estaba papucho por las noches, se acostaba a mi lado y me abrazaba tan pero tan fuerte que los dolores se iban. Me llenaba de besos cuando llegaba de la escuela y me hacía la señal de la santa cruz en la frente cada noche antes de dormir. Ella sabía todo y se daba cuenta cuando algo raro me pasaba. Nunca le podía ocultar nada, ni siquiera cuando me comía la torta de manzana que había guardado para las visitas.

Mi hermana Sofía que siempre respondía a mis preguntas, me decía que mamá había muerto porque era un ángel que no podía estar en esta tierra. Pero nunca me

respondió dónde estaba ese ángel. En catecismo nos hacían repetir que Dios era muy bueno y que siempre estaba pendiente de nosotros y de nuestras familias. ¿Por qué si Dios era tan bueno se había llevado a mi mamá?

Mis tías y las mujeres que ayudaban en casa eran buenas y muy amables con nosotros. Pero yo extrañaba a mi mamá. Ella me cantaba la canción del caballo verde que no galopa y usa gomina; y me preparaba la taza de mate cocido con leche con cuatro cucharadas de azúcar.

De la mezcla de emociones y silencios que era mi papá, la muerte de mamá lo dejó aún más callado. Es como si los parásitos que tenemos cuando comemos muchas cosas dulces, se transforman en tristeza que se comen las palabras. Cuando le conté que la señora Inés me había elegido abanderado, me preguntó si había cerrado el corral de las vacas, si había regado la quinta y si había juntado los huevos de las gallinas. Resulta que la tristeza también se comía los oídos. Mi papá ya no me escuchaba.

Con todas las cosas que había vivido mi padre, el amor y la sonrisa de mamá eran su único refugio en esta vida. En las paradojas del machismo de la época eran las mujeres las que sostenían una casa iluminada y una familia a flote. Mi papá amaba a mi mamá, más que a su propia vida. Su pérdida se transformó en aquella guerra cuyo efecto devastador se comió a su propio instinto de supervivencia.

Aún recuerdo despertarme por la noche con el llanto ahogado y la falta de aire en la garganta. De gritar en voz alta y quedarme mudo en el silencio de mi habitación sabiendo que mamá ya no vendría a cantarme la canción del caballo verde; una balada que, bajo la dulzura del galope del potrillo, permitía que mis miedos se esfumaran. En esas noches, sólo me salvaba la memoria, y repetía infinitamente los rezos hasta que la mandíbula se rendía y me dormía.

Así como yo rezaba para dormirme; mi padre perdía la mirada en el horizonte para velar su tortuoso recuerdo del cruce del océano y dar vuelta la página. Dejaba ir los ojos para colocar un tapón en el bidón de la memoria que no le diera espacio a aquel pequeño hijo sepultado en una tierra abandonada; y, sobre todo, para no querer saber que mamá, el gran amor de su vida, estaba muerta.

Con la partida de mi madre; o papá se quedó sordo y mudo; o, yo me volví invisible para él. Dedicó el resto de sus desvalidas fuerzas y recursos para construir la otra casita a la salida del pueblo. Mi gran temor era que papá nos abandonase del todo. Fueron tres años donde ocupó todo su tiempo y sus lábiles energías a colocar ladrillo sobre ladrillo. Un domingo me hicieron bañar temprano para ir al cementerio porque iba el padre Pedro. Yo corté algunas calas y un par de rosas amarillas que eran las preferidas de mamá para llevarle a su tumba. Pero ese día, trasladaban a mamá a la casita nueva, al panteón que le construyó mi padre.

Similar a los preparativos que realizaban los egipcios como una continuación de la vida luego de la muerte, preparó con los mayores lujos y señales el lugar para que su amada descansase en paz. ¿Habría sido su manera de honrar al amor de su vida y a su pequeñín? ¿Habría sido su forma de traer la mirada y reafirmar su identidad italiana?

En mis retinas quedaron grabado el brillo del cofre de roble y los adornos de metal tan lustrados. La luz tenue ingresaba por la ventanita trasera que iluminaba las placas y las flores que coloqué en unos jarrones de porcelana sobre los estantes que reposaban en las escuadras de hierro. Al irnos, al cerrar la casita, sentí que mamá se quedaba aún más sola. Son esos lugares donde el silencio y el espacio vacío se tornan insoportables.

A los tres meses, con el frío y el amanecer de un día de junio, escuchamos golpear desesperadamente la puerta de casa. Nos despertamos asustados con Sofía y papá pareciese que no escuchó. Al asomarnos, estaba tras la puerta la cara pálida y desacomodada de don Eliseo, el cuidador del cementerio.

En una frase bastante cruzada y sin aliento nos pide que por favor lo acompañemos con urgencia a buscar a papá. Subimos con mi hermana al sulky y a los tiros cabalgamos detrás de Eliseo. Cuando bajamos del camino en dirección al pueblo, don Eliseo se desvía y toma el camino al cementerio. Al llegar a la necrópolis, observamos que las puertas del panteón estaban abiertas.

Al ingresar al mausoleo, estaba el colchón en el piso y papá muerto con la mano extendida sobre el cofre de mamá y con la mirada debajo del espacio reservado para nuestro pequeño hermanito.

Entre la desesperación y los llantos de Sofía y míos, don Eliseo nos cuenta que, desde hace tres años, religiosamente todos los días mi padre nos daba de cenar temprano, se aseguraba que estuviésemos bañados y dormidos en nuestra cama; y él cargaba el colchón al sulky y se iba a dormir al lado del gran amor de su vida. Al día siguiente, muy temprano a la mañana, antes que nosotros nos despertáramos, él llegaba y preparaba el desayuno para comenzar un nuevo día.

Hoy, cuando pienso en las noches en que me despertaba a consecuencia de alguna pesadilla o dolor estomacal, y que especulaba que mi padre estaba sordo, tengo la convicción de que mi papá estaba durmiendo en el cementerio al lado de mamá; pero me consuelo en la idea de saber que con mamá cantábamos muy fuerte el caballo verde que no galopa y papá dormía tranquilo.

Cuando me viene a la cabeza la mirada de papá perdida en los horizontes o en los alambrados de los corrales, creo que era su diálogo silencioso y la manera de estar

cerca de mamá y su pequeñín. Mi padre murió tantas veces en la medida que fue perdiendo a los suyos. A muchos nos cuesta respirar sin la calidez del amor.